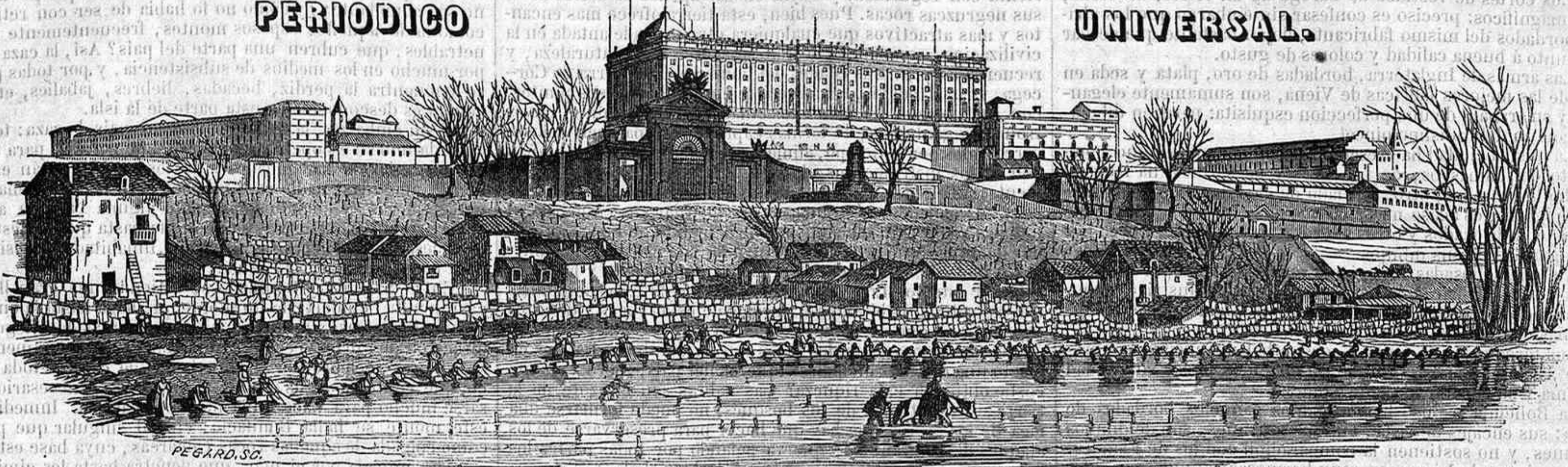


PERIODICO

UNIVERSAL.



PEGARD, SO.

MADRID: MES 6 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 50.  
Número suelto 8 rs.

NUM. 23.—SÁBADO 5 DE JUNIO DE 1852.  
MADRID.

PROVINCIAS: MES 8 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 60.  
Ultramar y extranjero: Año 80.

### ADVERTENCIA.

Los señores suscritores por tres y seis meses, cuyo abono concluye en fin de junio, se servirán renovar con tiempo: damos este aviso anticipado, para evitar las reclamaciones y quejas que luego recibimos por la interrupción que resulta cuando al vencer el plazo no tenemos todavía aviso de la renovación.

### CRONICA MATRITENSE

DEL MES DE MAYO.

Hace cosa de un siglo que decía el caustico Voltaire, que la primera de las reputaciones usurpadas era la del mes de mayo, y que lo templado de su atmósfera y lo regalado de su ambiente eran una de tantas mentiras inventadas por los poetas; y por cierto que desde entonces acá no ha hecho otra cosa el susodicho mes sino acreditar mas y mas aquella crítica observación. Y no hablemos solo de lo que sucede en el país en que fué hecha, ni en los mas avanzados al Norte, sino que hasta en las mismas penínsulas meridionales, Ibérica é Itálica, es un hecho cierto la verdad de aquella mentira, y que el mes de las flores es el mas caprichoso é inconstante de la docena. Nuestros poetas sin embargo, siguiendo el convenio tácito arriba dicho, se esmeraron siempre en pintarle con los mas risueños colores, desde Calderon, que ejecutoriaba la belleza de las Mañanas de abril y mayo, hasta Melendez, que se estabala a la vista de la yerba alforada y al son del cáramo pastoril.

La apertura de este dichoso mes se celebraba tambien en Madrid en otro tiempo con una poética romería á las orillas del Manzanares, titulada de Santiago el Verde, que tambien dió lugar á los alardes de la poesia bucólica, aunque es de presumir que muy de ordinario aquella fiesta campestre se viera amenizada con los destemplados aquilones y los chubascos improvisados que la vecina sierra nos regala. A pesar de todo, preciso es convenir en que, si no todos los dias del mes de mayo, suelen contarse en él hasta tres ó cuatro en que realmente aparece como le soñaron los poetas; y siendo como son aquellos dias los mas halagüenos del año, habrá que perdonarle en gracia de ellos las jargarretas de las cuatro semanas restantes.

Empero si la atmósfera no viste constantemente de gala en esta mesada, la Iglesia, la corte y la villa parece que se han convenido en enaltecerla con sus mas solemnes festividades, sus mayores pompas y sus mas halagüenos regocijos, pudiendo decirse que toda ella ha sido y es una serie no interrumpida de fiestas, en que los dias laborales vienen, por decirlo así, á formar el descanso de los de recreo y solemnidad.

Tres fiestas sobre todo de las del mes de mayo en Ma-

drid, emblematicamente la poesia de la religion, del patriotismo y del trono. Es la primera la que consagra la villa á su glorioso patron San Isidro Labrador, aquel hijo del pueblo que representa su piedad religiosa y está enlazado con sus mas antiguos y preciados blasones históricos; la segunda, aunque precede á aquella en el orden cronológico, es la fiesta nacional del Dos de Mayo, simbolizada en las victimas madrileñas; la tercera y última la fiesta de corte dedicada al agosto y sagrado monarca que representa al trono español y ocupa un lugar tan señalado en la historia y tan escelso en el altar. Prescindiendo ahora de la representacion religiosa, histórica y política de estas tres festividades, nacional, de corte y de villa, basta solo á nuestro propósito consignar aquí la coincidencia de ellas en este mes, sin que tampoco hayamos de detenernos en pintar su aparato, de todos conocido, y los accesorios, siquier patéticos, siquier burlescos, que las prestan su respectivo é interesante colorido, únicamente diremos que las dos primeras en este año fueron favorecidas por un magnífico temporal, y acertaron á sacar en lote dos de aquellos tres ó cuatro dias privilegiados de que hablabamos antes; y la tercera, aunque hoy decaida algun tanto de su pompa cortesana por carecer de la circunstancia de celebrarse en ella el nombre del monarca reinante, ha sido celebrada en la capilla del Palacio Real de Madrid, y en los jardines de Aranjuez.

A propósito de este real y pintoresco sitio, residencia hoy de la corte, y al que en nuestra anterior revista suponiamos trasladado á la sazón todo Madrid (este todo Madrid que ocupa frecuentemente los teatros y paseos, las tertulias y los cafés), desde luego declaramos que nos equivocamos en aquella suposición, y que lo destemplado de la estación por una parte, y la facilidad de regresar por otra, ha hecho que si aquel Madrid ha ido á visitar las orillas del Tajo, ha dicho muy luego á Madrid me vuelvo, y en Madrid está, excepto aquella parte menos afortunada, que por indisposición de las locomotoras suele pasar tal cual noche entre Pinto y Valdemoro.

Además de las fiestas ya dichas y de los cinco domingos, jueves de la Ascension y pascua del Espíritu Santo, han consagrado nuestras iglesias diarios y solemnes cultos al mes de María, tierna y poética festividad que hace pocos años ha progresado extraordinariamente en España, Francia é Italia. Los espectáculos profanos tambien han abundado, desde el exótico é insulso de las carreras de caballos, hasta el animado y clásico de las de toros; desde los pintorescos fuegos artificiales en el

sitio del Buen-Retiro, hasta las grotescas zambras del Hipódromo y de la pradera del Canal; desde las risueñas y populares zarzuelas del teatro del Circo, hasta las crispaciones nerviosas del de la calle de Valverde, ó el narcótico arrullo de la del Príncipe.

Dos novedades tambien ha ofrecido este mes á los madrileños, y ambas han sido otras tantas negaciones del calendario. La primera fué la del aniversario de la publicación de la Constitución de 1845, que aquel rezaba para el domingo 23, y nadie se apercebó de ella; la segunda el eclipse total visible, que aquel no predijo, para el día 3, de todos ó casi todos los astros periódicos de las luces, verificado por la interposición de un cuerpo opaco á manera de decreto, ó por el vacío de un espacio á manera de sombra de editor. Esta segunda novedad ha ocasionado la carencia absoluta de novedades en la plaza, ó que si se han expendido en ella haya sido gratis; pero si nadie ha podido mentir en letras de molde, todo el mundo ha sido dueño de hacerlo sin borrador, y ser al mismo tiempo editor y consumidor, y responderse al «que hay de nuevo», con toda aquella serie de suposiciones mas ó menos halagüenas que le cumpliesen, y despacharse á su gusto con todos aquellos argumentos y paráfrasis que suele cada cual encargar á su periódico, mediante la módica retribucion de 12 reales al mes. Vale mas así, y encargáramos á los noticieros este método antiflogístico, esta dieta racional de lectura, que tan bien parece haberles probado en las últimas calendas, repitiéndoles para su consuelo aquella sabida y antigua copla.

«De saber novedades  
non vos curesdes,  
hacerse han ellas viejas  
y las sabredes.»

(Interrumpido por indisposición de)

El CRONISTA.

### EXPOSICION DE LONDRES.

AUSTRIA.

Antes de concluir el examen de la division ó galeria sur del Austria, debemos hacer una breve excursion en las galerias superiores, con el objeto de completar la reseña de los tejidos enviados por este país, que dejamos pendiente en nuestro anterior artículo. En las galerias del sur se encuentra la sederia austriaca, cuya exposicion es muy interesante, como punto de comparación con los productos de Lyon.

La Lombardia remitió cocos y hermosas sedas griegas; Viena gros de Nápoles, mueres y satines notables, aunque algo inferiores á los franceses.

Sus fulares, sus damascos, sus sedas de cuadros y sus telas para vestidos son de mucho mérito, á pesar de



Sillon.



Cuadro de flores.



Sillon.

cuanto han dicho en contrario algunos críticos, llevados de un sentimiento patriótico hacia su propio país. Los tejidos de seda para muebles y para carruajes, son hasta cierto punto inmejorables por su duración y hermosa vista.

Los cortes de vestidos de barege de M. Rossi, de Viena, son magníficos: preciso es confesar sin embargo que los chales bordados del mismo fabricante, dejan bastante que desear en punto á buena calidad y colores de gusto.

Las armas de Inglaterra, bordadas de oro, plata y seda en una de las mejores fábricas de Viena, son sumamente elegantes, y su trabajo de una perfección exquisita: parecen dibujadas con un delicadísimo pincel.

La misma ciudad ha presentado muchos trofeos: uno, compuesto de damascos, de brocados y de satines, ha llamado mucho la atención; otro, formado de casullas y de ornamentos de iglesia, es acaso más rico que elegante; el tercero, que consiste en brocados y otros adornos para muebles, peca por vulgaridad de sus dibujos.

Aunque eclipsadas bajo cierto punto de vista por los productos de las fábricas lionesas, las sederías austriacas son, después de las chinas, las que sin disputa han ocupado el lugar más distinguido en el Palacio de Cristal.

Los terciopelos de Saint-Georgenthal no pueden compararse á los prusianos, aunque no debemos negar su calidad finísima y su reconocida consistencia.

La Bohemia espuso hermosísimos pañuelos bordados de mano: sus encajes de seda, aunque finísimos, son de dibujos comunes, y no sostienen la comparación con los de Flandes.

Las cintas de Viena son muy hermosas, aunque tan inferiores á las de San Estéban, como los encajes de la misma capital lo son á los de Chantilly y Bayeux, sin que por eso se crea que los de estos últimos puntos han alcanzado el grado de perfección que distingue á los de Bruselas.

Los chales, y sobre todo las cachemiras, de Viena, tienen el imperdonable defecto de fabricarse con arreglo á dibujos extranjeros. Esto es tanto más de extrañar, cuanto que en nada ceden los dibujantes alemanes á los de otros países, y no atinan con el motivo que les induce á buscar en Francia, por ejemplo, lo que tan de sobra tienen en su propio país. Esto no obstante, debemos reconocer que dichos productos son magníficos, y que su mérito industrial es incontestable.

Los papeles pintados de Viena son, por lo común, ordinarios, y no merecen por cierto ocupar nuestra atención.

La misma capital ha espuesto en una de las galerías del norte cuatro grandes y bellísimos tapices, no lejos de los cuales se veían cuatro magníficos pianos de madera clara, así como otros varios instrumentos, especialmente de viento, fabricados en Praga, los cuales son muy estimados. También remitió varias muestras curiosas y notables de madera de Bohemia.

Y ahora que hemos pasado revista á todos los tejidos del Austria, debemos volver hacia las galerías bajas del sur, para concluir nuestra reseña.

En una de ellas figuraban quincallería, cuchillería y armas; fusiles, carabinas y pistolas de Inspruck; cuchillos de caza con mangos esculpidos; un gran surtido de limas y cuchillos ordinarios, aunque muy bien fabricados, y cuyas hojas son de muy buen temple.

Más lejos se veían cueros abatanados y barnizados de Praga; autómatas, muñecas, soldados de madera y otra multitud de juguetes para niños, juguetes que tanto en Austria como en toda la Alemania han llegado á un punto de perfección increíble. Después aparecían sillerías magníficas, bastones, paraguas y sombrillas, botones de Viena, y un abundante surtido de guantes muy celebrados de Hungría, y remitidos por las fábricas reunidas de Praga. Estas reuniones de fábricas se propagan muchísimo en Austria, lo mismo que en Prusia y en Sajonia, y son la más convincente prueba de las tendencias generales que en Europa se advierten hacia la asociación.

El calzado de Viena para hombres y mugeres, merecen especial mención: lo mismo puede decirse de los *necessaires* de tocador. En cuanto á la platería austriaca, debemos convenir en que le falta andar todavía mucho camino para poder rivalizar con las preciosas obras de otros países, y particularmente con las de España, Francia ó Inglaterra.

Hay sin embargo en Austria un producto que es enteramente nacional, y en el cual sobresale de una manera sorprendente: la pipa austriaca es un prodigio del arte, considerada en todas sus formas, colores y ramificaciones. No una vidriera, sino una gran sala se veía en la Esposición de Londres, henchida de pipas austriacas.

Las de *tierra de Viena*, conocidas por el nombre de *masa-pfeiffen* son las más apreciadas por su blancura mate, que nunca se deteriora ni ensucia.

La galería que termina la Esposición austriaca en la parte del sur, está destinada á los hierros en bruto y elaborados. De ellos y de otros productos notables del mismo país nos haremos cargo en otro artículo.

## LA CORCEGA, LA CAZA Y LOS BANDIDOS.

La Córcega es un país en que el hombre y la naturaleza conservan rasgos primitivos y curiosos que no han podido borrar los progresos de una refinada civilización. Los corzos tienen cualidades y defectos de los pueblos todavía niños: poco acostumbrados á los procedimientos de las sociedades, no se dejan gobernar por leyes de convención. Agréguese á esto una imaginación meridional y móvil, un carácter naturalmente dulce y acaso algo débil, y se comprenderá lo que vamos á decir sobre sus costumbres.

Penetrados de su inferioridad bajo el punto de vista de la civilización y de la industria, los corzos siempre están prevenidos contra los extranjeros, juzgándose á sí mismos con severidad; no permiten á los continentales que los aprecien, precisamente porque suponen que han de formar mala opinión de ellos. La ligereza y el desden con que los franceses tratan en general todo lo que no está conforme con sus ideas y sus costumbres, contribuye á inspirarles esa desconfianza que se observa también en otros países contra los franceses; no creen en su benevolencia, y aun cuando esta sea efectiva, la menor reserva les parece una crítica amarga.

Cualquiera que visite la Córcega no podrá menos de sorprenderse al ver tan inmediata al centro de la civilización una tierra inculca en su mayor parte, atravesada por caminos desiguales y pedregosos, en donde solo el pie de las cabras se sienta con seguridad, y cuyas chozas apenas se destacan de sus negruzcas rocas. Pues bien, esta tierra ofrece más encantos y más atractivos que cualquiera otra más adelantada en la civilización, como todo lo que se acerca á la naturaleza, y recuerda las primeras edades del hombre. Esta tierra de Córcega, virgen todavía, é inaccesible en muchos de sus puntos, con sus bosques de álamos seculares y de castaños, cuyos troncos gigantescos, de formas caprichosas, parecen colosos carcomidos por el tiempo, alimenta pobres colonos que añoran con malos instrumentos algunas porciones de tierra escasamente suficientes para su subsistencia, sin tener establos para sus ganados, ni graneros para guardar sus cosechas, ni muchas veces para ellos mismos más lecho que tablas alrededor del fuego que arde en el centro de sus cabañas; sus bueyes estenuados no tienen otro abrigo que el cielo, y la tierra sola por establo. Los verdaderos ganados de estas montañas son las cabras, habitantes naturales de estas rocas y de estos precipicios, que se complacen en trepar y saltar, como el águila gusta posarse en los picos que la dominan. Esta es en efecto una de las principales riquezas del país; ¿pero á cuánta costa obtienen esta riqueza? Las cabras son el azote de la tierra, del cultivo y de los bosques; no puede formarse una idea de los gastos que hay que hacer para preservarse de los ataques de este animal, que va pelando por todas partes los tallos más tiernos de las plantas y de los árboles; el dinero que el cultivador podría invertir en el abono de la tierra, se gasta en muros de cerca que descienden á los barrancos, y suben hasta la cúspide de las montañas, y apenas basta esto para preservar su heredad.

El interés bien entendido de los habitantes exigiría que se esterminasen las cabras, y sería muy fácil en un país rodeado de mares extinguir su raza. Pero, ¿qué sería de los corzos si les faltase su manjar nacional, el *bruccio* (el *bruccio* es una especie de queso blanco que se obtiene de leche de cabra, después de haber hecho el queso propiamente dicho, fresco, excelente, delicado y sabroso), y sobre todo, ¿qué sería de estos hombres tan apasionados de la vida nómada, verdaderos pastores antiguos que prefieren á todo la vida libre é independiente, la vida del aire libre de sus montañas, aun después de haber gustado lo que nosotros llamamos las dulzuras y las ventajas de la civilización? ¿No se ven con frecuencia soldados corzos que después de haber llegado al grado oficial, renuncian á su carrera para volver á la vida de pastores?

Los rebaños de ovejas son más numerosos que los de cabras; pero no se saca de ellos el mismo partido que en el continente. Su principal producto es la leche. Estas ovejas tienen una fisonomía particular; su lana larga, crespa y casi siempre negra, está simétricamente separada sobre el lomo como la crin de un caballo bien peinado; así es que una niña preguntaba si se les hacia la raya todas las mañanas como á ella.

En medio de esta naturaleza casi salvaje, es muy notable cuán expresiva tiene el hombre la fisonomía, y cuán finas y aun delicadas son sus facciones. Jamás se ven esos aires torpes y pesados que se encuentran en los labriegos de los países más civilizados del continente: hombres, mugeres y niños, todos tienen la mirada viva, espiritual, el cuerpo bien dispuesto, los movimientos desembarazados, y hablan sin timidez; en vez de huir y ocultarse, los niños se acercan á cualquiera cuando los llaman; si se les ofrece un confite, lo toman libremente y sin cortedad. En cuanto á los hombres, se les da un buen rato si se les cuentan noticias, y principalmente si se les habla de política; son curiosos, se interesan por todo, y os hacen mil preguntas, y esto de una manera franca y digna que no indica de ninguna manera inferioridad.

La mayor parte de estos pobres labriegos y pastores sabe leer; la Córcega es uno de los países en que las escuelas cuentan más número de niños.

En las cabañas se encuentra la acogida más cordial y más hospitalaria, y no puede hacerse un agasajo mayor al dueño que aceptar lo que ofrece. Los corzos no se aplican tanto á los trabajos de la tierra ni á las rudas labores del cultivo, como los labradores del continente, por lo común más adelantados que ellos en el cultivo, pero que están agobiados con cargas más pesadas. Allí las filis están menos apinadas, la tierra es menos rara, y todos tienen con qué vivir; así no se ven pobres por los campos. Cada familia tiene la porción de tierra ó de rebaño que basta para cubrir sus necesidades; y como la tierra es fecunda, no exige grandes esfuerzos para producir. No se toman el trabajo de abonarla. En tres años basta mover su superficie y derramar el grano para recoger las cosechas. Después de estos tres años se queda de erial, y se deja crecer la yerba y todas las plantas de monte bajo; en este estado sirven los campos para el pasto de los ganados. Al cabo de otros tres años se pone fuego á todas estas matas, y sin tomarse el trabajo de arrancar las raíces ni los chupones, sin hacer un desmonte en forma, se le pasa el arado y se siembra.

Este cultivo algo primitivo no deja de tener su habilidad. Es necesario tener mucha práctica para llevar el arado entre las piedras y las rocas por las pendientes más rápidas y hasta lo más alto de las montañas.

Este arado, que es sumamente sencillo, ordinariamente es llevado por las mugeres hasta el campo, en algunos parajes bastante escarpados, que han de prepararse; el azadon no se emplea en ninguna parte más que en los jardines y en las viñas; el arado va por los terrenos, y así debe ser muy sencillo: las condiciones del suelo escluyen toda complicación; el arado á la Dombasle ó de Brabante, serian completamente inútiles aquí.

Esta con corta diferencia es la manera de cultivar las montañas de la vieja Córcega; si el viajero se dirige hacia la costa oriental de la isla y á su estremidad setentrional, en la Balaga y el cabo de Córcega, verá hermosas llanuras y todos los refinamientos del cultivo aplicado á plantas de lujo.

En las cercanías de Ajaccio misma, la tierra es fecunda y se cultiva con esmero; la viña ocupa las colinas de este suelo desigual; los naranjos están abrigados en las cañadas; el trigo, la cebada y el maíz cubren la llanura y la montaña; la encina verde y el olivo, que se sienta no ver por todas partes, forman bosques alrededor de la ciudad. Pero á cierta distancia,

al otro lado del golfo, empiezan los vastos montes que jamás se roturan, y que serian excelentes tierras si hubiese dinero y brazos para ponerlos en cultivo.

La Córcega es célebre por la caza; pero los aficionados se hallan espuestos á no matar ni una pieza, no porque la caza no sea abundante; ¿y cómo no lo habia de ser con retiradas como la de aquellos espesos montes, frecuentemente impenetrables, que cubren una parte del país? Así, la caza entra por mucho en los medios de subsistencia, y por todas partes se encuentra la perdiz, becadas, liebres, jabalies, etc.: el conejo es desconocido en esta parte de la isla.

Y sin embargo, la Córcega no es un país de caza: teniendo cada uno su escopeta y no necesitando permiso para cazar, las cercanías de las ciudades y de los pueblos están enteramente apuradas; nadie caza mucho, pero cada uno mata algunas piezas, y cuando se presenta alguna caza en alguna parte, se busca, se espía, se persigue hasta que se destruye; es necesario ir á los puntos apartados, inhabitados y desiertos, para hacer una cacería regular.

Entre Sartena y Bonifacio se estiende una gran llanura casi inculca, cubierta de un monte que llega hasta la cintura, y se estiende casi sin interrupción como unas doce leguas en dirección de Porto-Vecchio. Este lugar es verdaderamente un coto de rey, célebre por la abundancia de caza de toda especie que contenía otras veces; al presente es necesario cansarse mucho para hacer una mediana cacería. Inmediato á este monte se halla Bonifacio, ciudad singular que parece como colgada de aquellas rocas calcáreas, cuya base está carcomida, minada por el mar, que penetra hasta los cimientos de la ciudad vieja y amenaza tragársela. Estas escavaciones forman grutas espaciosas y estremadamente bellas; la bóveda de una de estas grutas está horadada por el centro, y deja ver el cielo; observándose un fenómeno singular producido por la mezcla de la luz del día y de los reflejos azulados del mar en las paredes de la gruta.

Las palomas van á refugiarse á estos antros, y se cazan con escopetas, cuyas detonaciones hacen retemblar aquellos subterráneos. Es divertido y curioso un paseo á estas grutas, sobre las cuales descansa la ciudad de Bonifacio, de una manera poco tranquilizadora para la imaginación. Este paseo se hace en barcas, y después se sube por un sendero practicado en la roca; desde esta altura se goza de una deliciosa vista del mar y de la Cerdeña, cuyas rocas y casas blancas se descubren.

Las cacerías mayores se hacen casi con el mismo éxito; podrían dar más resultados, porque las reses no están muy escasas, si se organizasen y se dirigiesen mejor; pero sería necesario un ejército de monteros para guardar todas las salidas en aquellas montañas y en aquellas gargantas, ó perros excelentes para seguir la rastro de la res; así es que casi siempre se escapa. En cuanto á la caza del carnero montés, es necesario aguardar á que se derritan las nieves, porque reside en los lugares más elevados de las montañas.

El carnero montés, á primera vista no se parece mucho al carnero doméstico; por el color de su piel se equivocaría con una cabra montés; pero al tacto se reconoce la lana, y su fisonomía no deja ninguna duda. La figura de este animal, su hocico, son los del carnero; y en suma, se aparta menos del carnero del continente que el carnero corzo ordinario. Estos rebaños de carneros pequeños y negros, de lana pendiente, cabeza fina y cuernos, no hacen el mismo efecto que los rebaños de la mayor parte de los países del continente.

Es cosa curiosa la influencia del clima y de las condiciones del suelo sobre las especies animales de la Córcega; esta influencia se ejerce reduciendo, disminuyendo las formas; casi todos los animales son más pequeños que en el continente; los caballos, los burros, los mulos son pequeños; los carneros, los puercos, los jabalies, lo son igualmente; un puerco de 150 libras es allí cosa rara. Los ciervos y corzos son también más pequeños, cuyo hecho es de un interés particular para los naturalistas.

Se posee, en efecto, el catálogo de los animales que existían en Córcega en tiempo de Plinio; en esta época no se conocía en la isla el ciervo; se introdujo en ella después. Puede pues calcularse aproximadamente cuánto tiempo ha sido necesario para imprimir á esta especie las modificaciones que nos presenta hoy. Así se conservan con cuidado en el Jardín de Plantas de París ejemplares de ciervos y venados de la Córcega, y se renuevan cuando muere alguno.

Si la disminución que se observa en el cuerpo de los animales no se estiende á la especie humana (la estatura de los hombres es con corta diferencia la misma que la de los del continente), al menos hay en sus formas una finura y en sus facciones una delicadeza que no puede menos de llamar la atención.

Aun no ha podido acabarse con los bandidos todavía, y es un estudio curioso el de estos hombres y de esta costumbre bárbara que se conserva en medio de un pueblo apacible, que una vez que se encuentra fuera de su suelo, no se manifiesta ni cruel ni vengativo. Ya se ha observado más de mil veces: en el continente, los corzos no son duelistas ni sanguinarios; son buenos soldados y diestros tiradores, no buscan quimeras ni provocan á sus adversarios; el mismo hombre que en su país natal venga la menor injuria con la sangre de una familia entera, ni se le ocurre la idea de sacar su puñal cuando está fuera de su país; en cuanto á crímenes alevosos, el corzo es incapaz de ellos.

¿De dónde viene esta singular anomalía, esta especie de súbita transformación?

Tiene dos causas: la primera el temor de un pronto y severo castigo allí donde el corzo, no estando rodeado de cómplices que lo ayuden á sustraerse á la justicia, no teniendo el recurso de sus bosques ni de sus montañas, se encuentra solo y abandonado á la acción de la ley; la segunda causa es el favor de que lo rodea en su país natal la preocupación, la especie de consideración de que goza. En el continente, el corzo que aguardase á su enemigo en la punta de un bosque, sería considerado como un asesino; la opinión pública lo infamaria, nadie le daría auxilio, sería rechazado por todas partes, y cada uno haría cuanto estuviese de su parte por entregarlo á la justicia.

En Córcega, el derecho de la venganza está admitido de tal manera, y los procedimientos para ejecutarlo tan en uso desde hace mucho tiempo, que ha llegado á formar parte de

las costumbres. Cada uno lleva mas ó menos este sentimiento en el corazon, y los hombres ilustrados, que deploran mas las consecuencias de esta preocupacion fatal, no conciben horror, ni tienen desprecio al bandido, esto es, á aquel que habiéndose vengado á sí mismo, ó alguno de los suyos, se ve obligado á huir de la justicia y errar por los bosques.

La muerte de un enemigo asesinado de un tiro disparado en una emboscada, eso que nosotros llamamos un asesinato no deshonra ni al autor de este crimen ni á su familia: esto se llama una desgracia, y no un crimen. Asi la opinion no obliga á los parientes y amigos del matador á desampararlo, y no es solamente el miedo lo que le hace encontrar cómplices y un asilo en medio de gentes honradas; y es porque el hombre que se ha vengado en Córcega espiando á su enemigo, no es un miserable sin honor ni sin corazon. Lo que constituye el crimen á los ojos de los hombres, es menos la accion que la idea que se une á ella; hay mil maneras de matar que están perfectamente admitidas entre los pueblos mas civilizados.

Nosotros no abrigamos ningun desprecio contra aquel que mata, lealmente segun decimos, á su adversario de duelo; le servimos de testigo en el combate, y si es buscado por la justicia, tampoco tenemos escrúpulo de ocultarlo ni de proporcionarle los medios de fugarse. Por qué sucede esto? Porque en virtud de la opinion establecida, sabemos que se puede ser un hombre honrado, y batirse en duelo; pues bien, lo mismo sucede en Córcega con aquellos que se declaran en enemistad, como entre nosotros con los que se baten en duelo. Se previene cómo cada uno se defiende en el terreno de las estocadas de su contrario; aquel que se previene mejor, que para mejor los ataques de su adversario, que mejor se aprovecha del momento en que su enemigo se queda descubierto, es el vencedor y ha usado legítimamente de los medios de venganza. La *vendetta* es en la Córcega lo que el duelo en el continente; no puede formarse una idea exacta sino considerándolo asi. Por eso, lo que sostiene este uso y lo que perpetúa los bandidos, es el no estar despreciados, que pueden ser y lo son en efecto personas honradas bajo todos conceptos. En el momento en que los bandidos cometiesen actos contra el honor, el día en que saqueasen á las gentes en el fondo de los bosques, serian deshonrados y por consiguiente perdidos. Vendrían á ser en Córcega los que son entre nosotros los asesinos que matan cobardemente ó por gusto; se verian abandonados por la opinion, y perseguidos y entregados como malhechores. Que se hagan los bandidos ladrones, y al momento se acabará con el *banditismo*; no serán necesarias leyes escepcionales para esterminarlos.

Ahora se comprenderá cómo es tan difícil apoderarse de los bandidos: no son solamente sus bosques, sus rocas escarpadas ni sus cavernas los que los protegen: los bandidos duermen mas veces en mullidos lechos que al raso. Se comprenderá tambien que algunos de ellos llegan á ser personajes importantes, ejercen una gran influencia y son buscados por ciudadanos honrados que hablan por ellos á la autoridad. No nos maravillarán, por último, los actos de heroísmo, de abnegacion ó de delicadeza que se cuentan de algunos bandidos famosos, ni la curiosidad que en ciertas ocasiones han escitado entre las bellas que han ido á buscarlos hasta en los parajes mas recónditos.

Sin embargo de las buenas cualidades de los bandidos, se siente la necesidad de leyes severas y medidas rigorosas que cortasen de raíz estos desórdenes. ¿Cuáles serian estas medidas? A los hombres que se hallan al frente de la administracion corresponde designarlas. Pero en todo caso deberia consultarse la esperiencia, no sea que los medios que se adopten causen mas daño á las leyes de la humanidad que los actos mismos de los bandidos.

#### CANTOS POPULARES DE SUECIA.

##### Cristina.

La linda Cristina sirve en la casa del rey y brilla como una estrella entre las demás jóvenes.

Brilla como una estrella entre las demás jóvenes y el rey la dice:

—Escucha, hermosa Cristina, quieres ser mia? Te daré un caballo gris y una silla de oro.

—Un caballo gris y una silla de oro no me convienen. Haced ese regalo á nuestra jóven reina, y dejadme que me retire con mi honor.

—Mira, hermosa Cristina, quieres ser mia? Te daré mi corona de oro.

—Vuestra corona de oro no me conviene; dádsela á vuestra jóven reina, y dejadme que me retire con mi honor.

—Mira, hermosa Cristina, quieres ser mia? Te daré la mitad de mi reino.

—La mitad de vuestro reino no me conviene; dádsela á vuestra jóven reina, y dejadme que me retire con mi honor.

Cristina, si no quieres ser mia haré que te metan en un barril lleno de pinchos de hierro.

—Si me haceis meter en un barril lleno de pinchos de hierro, los ángeles de Dios verán que soy inocente.

Metieron á Cristina dentro de un barril lleno de pinchos de hierro, y la rodaron por el suelo.

Entonces bajaron del cielo dos palomas blancas y cogieron á Cristina. No habian visto mas que dos palomas, y de repente vieron tres.

#### GOETHE.

La poesia dramática es de todas las poesias la que con mas lentitud se va desarrollando. En el origen de cada literatura, aparece el poeta lírico, cantor de las primeras glorias, intérprete de las primeras ideas religiosas, el cual para dar cumplimiento á su solemne mision, solo tiene que dejarse llevar por su sentimiento, por sus emociones; ya pulse la lira de Orfeo, el arpa de encina de los escaldos del Norte, ó el rústico caramillo de los pastores; ya asista como los antiguos bardos á los sacrificios religiosos, marche al frente de los ejércitos en un día de batalla, ó cante como los poetas de la Provenza, con una lira y una banda bordada; si su corazon está enternecido, si su imaginacion puede tender el vuelo, ya ha merecido el nombre y corona de poeta; porque todo lo que se le pide es un canto de amor, un grito de guerra, una

ferviente oracion; la sociedad naciente oye con dulce sorpresa aquella armoniosa palabra que la revela lo que ella misma ha sentido, y responde con un grito de entusiasmo á los cantos heroicos que celebran sus horas de lucha y sus actos de valor.

Por el contrario, el poeta dramático no puede aparecer hasta que esta misma sociedad, madurada con el tiempo y la esperiencia, vuelve la vista á lo pasado, reflexiona, observa, y para conocerse mejor se da en espectáculo á sí misma: su mision no es una obra de inspiracion espontánea, sino del arte y del estudio, con condiciones determinadas anteriormente por la crítica, y con elementos que pertenecen á la vez á la historia, á lo ideal de pensamiento y á la vida real y positiva.

Bajo este punto de vista, del mismo modo que hay hombres, hay pueblos dotados de esas inclinaciones innatas á ciertos trabajos literarios y ciertas formas del arte, mision especial en la gran obra del progreso intelectual, en la que sin cesar se agita el genio del género humano. La mayor gloria literaria de la España es su teatro; la mayor gloria de Italia, esceptuando al encantador Petrarca, se cifra en su epopeya; la Inglaterra es el único país que se ha distinguido por el drama, la epopeya, la poesia lírica y la novela; la Francia ha sido en toda Europa el modelo del buen gusto; la Alemania es el país de las misteriosas contemplaciones, de los dulces ensueños: su elemento es la poesia lírica. En el primer vuelo de sus cándidos sueños y de sus entusiastas creencias, en el siglo XIII, todas sus lirras se despertaron, todas sus poblaciones se conmovieron; apareció en Alemania una encantada aurora literaria, llena de un poético deliquio. Los minnesingers se dirigieron á las márgenes de los rios, al pie de las catedrales, ó bajo las verdes ramas de los bosques, cantando las dulces emociones de su corazon, la alegría de la primavera y la ideal belleza de la muger, cuya casta imagen se confundia en su pensamiento con la de la Virgen. Los reyes y los príncipes, desde sus cincelados balcones respondian á los cuentos de los hombres del pueblo, y desde el fondo de la Hungría, Klingsohr, ese símbolo de la imaginacion, llegaba en un alado caballo á tomar parte en las fiestas de la Wartbourg.

Pronto, es cierto, pasó aquella brillante faz. El melodioso cántico de los Walther de Vogelweide, de los Enrique d' Offendingen, de los Wolfran de Eschenbach, se perdió en los aires, como el canto de los cisnes; la puerta de marfil se cerró ocultando sus sueños dorados, y las nobles y graciosas apariciones que habian invocado Arturo, Tristan, Perceval, y la bella Iselda, volvieron á entrar en el santuario de lo pasado, con Dietrich de Berna y los héroes de Niebelungen. Pero al ver el afán con que los maestros cantores se disputaron los despojos de sus predecesores, el manto poético que como el profeta habia dejado caer detrás de ellos, al ver todas aquellas corporaciones de artesanos de Nuremberg, de Augsburgo, de Strasburgo, de Francfort, elaborando con una minuciosa paciencia y un celo ardiente, todas aquellas estrofas de versos contorneados, simétricos, en donde el trabajo material suplía á la inspiracion, debe reconocerse que la necesidad de la poesia lírica habia echado ya profundas raíces en el corazon de los alemanes. Esta poesia es la que se estendió despues con tanto brillo, la que inspiró á Klopstock, á Goethe, á Schiller, y á Tieck algunas de sus mas brillantes páginas; la que hizo la gloria de Vhland, Rückert, de Novalis; la que del uno al otro confin de la Alemania exhala sin cesar armoniosos sonetos, baladas, elegías, y encanta á un mismo tiempo el corazon de los que la conocen desde su infancia y el del extranjero.

La poesia dramática, por el contrario, apareció muy tarde; se necesitaron siglos para sacarla del estado de languidez en que se hallaba, para darla su fuerza y su aureola; despues reinó por espacio de veinte años, y en el día ha descendido desde las obras del genio hasta las producciones de segundo orden.

Las noticias mas antiguas que se poseen acerca del teatro alemán se remontan al siglo XIII. El primer espectáculo fué representado por figuras de madera: regularmente aparecian en el carnaval, y sus actores representaban escenas de la vida popular. Si su polichinela fué tan divertido como el *pulichinello* italiano, si las víctimas de sus celos se lamentaban de modo que hacian desternillarse de risa al público endurecido, no nos lo cuenta la tradicion. A juzgar por los teatros descubiertos que aun se veian en Berlin en el siglo XIII, parece que las figuritas de la Alemania tenian precoces ideas de orgullo y de ambicion: no llevaban la sencilla chaqueta de lana; las vestían de caballeros, de grandes señoras; representaban á los mas eminentes personajes de los asuntos populares; Lancelot el del Lago, la bella Magalona, Genoveva de Bravante, el emperador Octavio, el doctor Fausto, y hasta el mismo diablo; nunca podria creerse que la presuncion de los maniquies pudiera ser tanta: sin embargo, no parece que se desquitaban mal de estos imponentes papeles. Estas figuritas que salian de las fábricas de Nuremberg eran muy afamadas por la gracia de sus ademanes y la agilidad de sus movimientos. El que tenia la dicha de ser dueño de una docena de ellas, con sus mantos llenos de estrellas, sus corazas de talco, y de una amplia provision de sables de madera y de escudos de carton, podria sin temor ponerse en camino para la feria de Francfort ó de Leipsick. La plebe se agolpaba á su teatro ambulante, y las monedas nuevamente acuñadas llovian á su alrededor.

Mientras el pueblo se divertia de este modo, los nobles y los clérigos asistian á las comedias bíblicas, á los misterios, á las moralidades que solian representarse en los cláustros. Hacia la mitad del siglo XV el poeta Roseblut hizo populares estas moralidades, aproximándolas á la vida real y dándolas un carácter cómico. Sus obras, conocidas bajo el nombre de piezas de carnaval (*Fastnachts Spiele*), son las primeras composiciones dramáticas que fueron impresas en Alemania. La gloria de Roseblut fué eclipsada en el siglo siguiente por la de Am-Sachs, el mas fecundo poeta que ha existido despues de Lope de Vega. En su humilde mansion de Nuremberg, Ham-Sachs, el zapatero, trabajaba asiduamente en su oficio, al par que escribia fábulas, cuentos, parábolas, comedias de carnaval, en todo mas de seis mil piezas: no se vaya á buscar en ellas ni mucho arte ni mucha ciencia. El buen Ham-Sachs coge la Biblia y la Historia y la divide y la dialoga á su modo: poco le importa la verdad local: como los pintores de la anti-

gua escuela alemana, en todos sus personajes pone ó un manto de senador ó una capa de caballero: en una de sus mas célebres piezas, la que tiene por titulo *Los hijos de Eva*, Dios va como si fuera un maestro de escuela, á visitar los hijos de Adán, pregunta la doctrina á sus hijos y á sus nietos, y los hace recitar el Padre nuestro y el Credo. Eva es una buena madre de familia, que para recibir como corresponde la visita del Altísimo, alfombra con ramas de encina el pavimento de su casa, lava á sus hijos, les pone camisa limpia, y les manda que cuando venga Dios demuestren buena educacion, le besen la mano y se quiten las gorras.

Pero hay en estas piezas un lenguaje, una naturalidad, una forma cómica que no podian menos de alcanzar un gran éxito en los tiempos que se representaron, y que aun en el día se admiran.

A estas composiciones de una naturaleza esencialmente alemana, sucedieron las lacias y frias pastorales, imitadas de los poetas italianos, y despues las piezas declamatorias de Gripius, y los hinchados y pomposos dramas de Lokensein.

Desde el siglo XVII se habian ido formando en Alemania compañías de actores que iban de ciudad en ciudad, con carneros de carton, cayados, y una enorme cantidad de lazos de color de rosa, representando todas las ridiculas pastorales que engendrò la traduccion del *Pastor Fido* de Guarini. Despues de los dramas de Lokensein, otra compañía, abandonando con desden el madrigal de los pastores, subian con altivez á los tablados para representar la que ellos llamaban «acciones de brillo y estado» (*Amt-und Stants-Actionen*), y entonces la Alemania cayó en el ridículo. Los mas estrambóticos retruécanos, las hiperbólicas mas enfáticas, las mas amaneradas sentencias, se admitieron en tan terribles tragedias como bellezas de estilo; los actores completaban la estravagancia del poeta, con sus extraños gustos, sus contorsiones y sus estrepitosas voces, identificándose de tal modo con su papel, que al salir de la escena continuaban declamando tan ridículamente. Encontrábase por las calles á Tamorian, á Bayaceto, á Alejandro, con largas espadas y regios mantos, caminando con altivo ademan en guisa de prepararse á declamar su pomposa relacion en el teatro.

Por esta rápida manifestacion se podrá venir en conocimiento que la Alemania no estaba ociosa: se esforzaba en fundar un teatro, y en crearse una poesia dramática; pero caminaba por mala senda, porque apostataba de su carácter, de su historia y de su nacionalidad: sus obras solo eran falsas y detestables imitaciones; en donde como inhábil discípulo solo copiaba los defectos de sus modelos. Habia imitado los misterios ingleses y franceses, y las pastorales italianas: despues se prendió de las caballerescas piezas del teatro español, y mas adelante imitó á Corneille, Racine y Molière, pero trabajosa y servilmente, sin atreverse á tender el vuelo por sí misma: aquel tiempo fué el de las tragedias clásicas escritas con versos solemnes, sometidas estrictamente á las tres unidades; pero limadas, corregidas y revisadas cien veces, segun los preceptos del gran maestro. Gotsched era el jefe de aquella escuela académica, cuyas obras, aunque frias y monótonas, valian mas que las locas tragedias representadas por los actores de «las acciones de brillo y estado». Lessing fué el primero que trató de sacar al teatro alemán de la fascinacion que sufría hacia largo tiempo: el estudio del teatro inglés le habia hecho comprender el vicio de las tragedias clásicas del teatro francés: el estudio de Diderot le reveló un nuevo género de drama que nadie habia pensado hasta entonces introducir en Alemania. De modo, que sostenido por un lado por las teorías inglesas, y por otro con el tono de verdad que creia reconocer en los ensayos de Diderot, compuso los principios literarios que se habia dado, *Miss Sara Sampson*, *Emilia Galotti*, *Minna de Barnhelm*, *Nathan el sabio*, y lanzó su dramaturgo anatema sobre Voltaire y sobre todas las falsas imitaciones clásicas.

El efecto que hicieron estos dramas de una forma tan nueva, y la viva lógica de las hojas de Hamburgo, produjeron en Alemania una violenta conmocion, derrumbóse la autoridad de Gotsched, y el astro de la Francia se eclipsó; pero aplaudiendo á *Emilia Galotti* y *Minna de Barnhelm*, los alemanes cayeron de un esceso á otro; se habian apasionado de la tragedia clásica, y se habian apasionado del mismo modo del drama urbano: habian imitado á *Ifigenia*, *Fedra*, *Merope*, y con el mismo ardor imitaron *El padre de familia*, de Diderot, y las otras piezas del mismo género. Eugel, Tunger, Schrader, Wezel, Linz, todos los poetas se pusieron á componer escenas llorosas, y todos los actores aprendieron á llorar. El éxito de estas nuevas concepciones asustó á los hombres graves, los doctores rigoristas de la Alemania, que miraron como diversion peligrosa los espectáculos. Para calmar sus escrúpulos, los autores compusieron tragedias morales, y bien pronto todas las virtudes se presentaron una tras otra en el teatro: solo se vieron amigos fieles, amigas tiernas y respetuosas, comerciantes desinteresados, ciudadanos ejemplares. Las narraciones de la moral en accion, las historias edificativas, se trasladaron desde la cátedra al teatro; los monólogos de cada pieza parecian sermones, y los actores hablaban como si fueran apóstoles.

En este estado se hallaba el teatro cuando apareció Goethe, el cual tambien en su juventud habia sentido la influencia de la literatura francesa. En Francfort uno de sus amigos sinceros le alababa el talento y el buen gusto de los escritores franceses, y el conde de Teorhanna le inducia á estimarlos, pintándole en una elegante conversacion el mérito de sus obras: en Leipsick, entre los discípulos y los partidarios de Gotsched, oyó repetir los mismos nombres y formular las mismas teorías. De esta época son las dos primeras piezas que ha conservado: *Los cómplices*, y *Los caprichos de un amante*, opereta del gusto de las antiguas pastorales, menos simple que ellas, pero en realidad poco notable.

Dos años despues aprendia á conocer á Shakespeare. No llegó á sus manos mas que la traduccion de Wieland; pero la leyó y releyó, y este estudio le descubrió un nuevo mundo. Entonces se puso á escribir su drama de *Goetz de Berlichingen* y el de *Fausto*. La estrella de Shakespeare le guió en el camino que procuraba abrirse.

En cuanto esplicó la idea dramática que tenia al escribir el *Goetz*, se tornó hacia otro lado, hizo de *Clavijo* un drama urbano, que parece inspirado por el genio de Lessing; de *Egmont* una tragedia de carácter ideal, como las de Schiller; y

despues de haber dado al público sus obras, que proclamaban la existencia de una escuela nueva, vuelve á entrar en el dominio clásico. Escribe la *Ifigenia* y el *Tasso*: adorna á sus personajes como lo hubiera hecho un escultor antiguo, y les da una actitud majestuosa y un lenguaje solemne; despues, satisfecho de su ensayo, desciende de las alturas donde la musa griega le ha conducido, y se dedica á componer para el teatro de Weimar, comedias urbanas y óperas.

Esta variedad de formas, esta disposición á apoderarse de todas las ideas, á pasar por las épocas más remotas y las situaciones más discordes, constituyen una de las más brillantes facetas del genio dramático de Goethe, y establecen la gran diferencia que existe entre él y Schiller, porque este último solo ha admitido una escuela, y no ha seguido más que un mismo camino. Véase el *Va- lstein*, *Guillermo Tell*, *Don Carlos*, *Juana de Arco*: véanse sus obras más aplaudidas y estima- das: siempre se hallará al poeta romántico, al poeta ideal por excelencia; pero todas esas crea- ciones pertenecen á una misma familia, todos es- tos dramas llevan un mismo tipo.

Goethe, por el contrario, parece que teme presentarse dos veces bajo la misma forma: su vida es solo una larga cadena de estudios valerosos y variados: iba buscando por todas partes lo que habia de verdadero en cada escuela, de poético en cada época, y de pensador en cada ciencia. Ya se arroja con ardor en las crónicas de la edad me- dia, ya se remonta á los puros y apacibles man- tiales de la antigüedad; ora se abandona confi- ado á los caprichos de la imaginación, ora se sumerge como un doctor de universidad en las más arduas teorías científicas; él mismo fué la imagen viva, la imagen mundana de *Fausto*: nin- gun hombre podrá pintarle tal como fué, seguirle en todas sus tentativas, apreciar todos sus traba- jos, porque ningun hombre ha caminado por tan

Por esta razón, un escultor que quisiera representar al poeta alemán, debería buscar en su vida una imagen que le sirviera de modelo. Goethe, en efecto, no es un poeta que se abandone á los caprichos de la imaginación, sino un hombre que busca la verdad en todas partes. Su vida es una larga cadena de estudios valerosos y variados. Él mismo fué la imagen viva, la imagen mundana de *Fausto*. Ningun hombre podrá pintarle tal como fué, seguirle en todas sus tentativas, apreciar todos sus trabajos, porque ningun hombre ha caminado por tan

diversos senderos, ni ha abrazado un círculo tan extenso de conocimientos.

La carrera dramática de Goethe puede dividirse en tres épocas. En la primera el poeta, despues de haberse detenido algun tiempo en las teorías francesas, rompe de repente los lazos que las mismas deberian imponerle, y se encamina con libertad hácia su objeto con la audacia de la juventud y el poder del genio.

En la segunda aquel ardor de la imaginación, aquel dilatado vuelo del pensamiento parecen atemperarse y aun comprimirse con la reflexion. Goethe se aficiona á la forma, la estudia con amor, trabaja en ella con paciencia, y procura sacar finos rasgos, delicados tintes. *Goetz de Ber- lichen*, *Egmon Clavijo*, eran dramas de una naturaleza enteramente nueva, y escritos en el primer arranque de su imaginación, y jura dar- les por contrapeso dramas compuestos con las sa- bias precauciones de la poesía antigua: escribió el *Tasso* y la *Ifigenia*.

En el tercer caso, su amor á la forma parece irse acrecentando: mas que nunca trata de perfeccionar la cadencia de los versos, de dar á los periodos un tono solemne y á las escenas un ca- rácter imponente; pero algunas veces el amor á la forma en él es tan exagerado, que enfria el pensamiento en su larga elaboracion. Su obra tiene los suaves contornos, los dulces toques y la majestuosa actitud de un buen mármol anti- guo; pero tambien tiene su inmovilidad; tal es



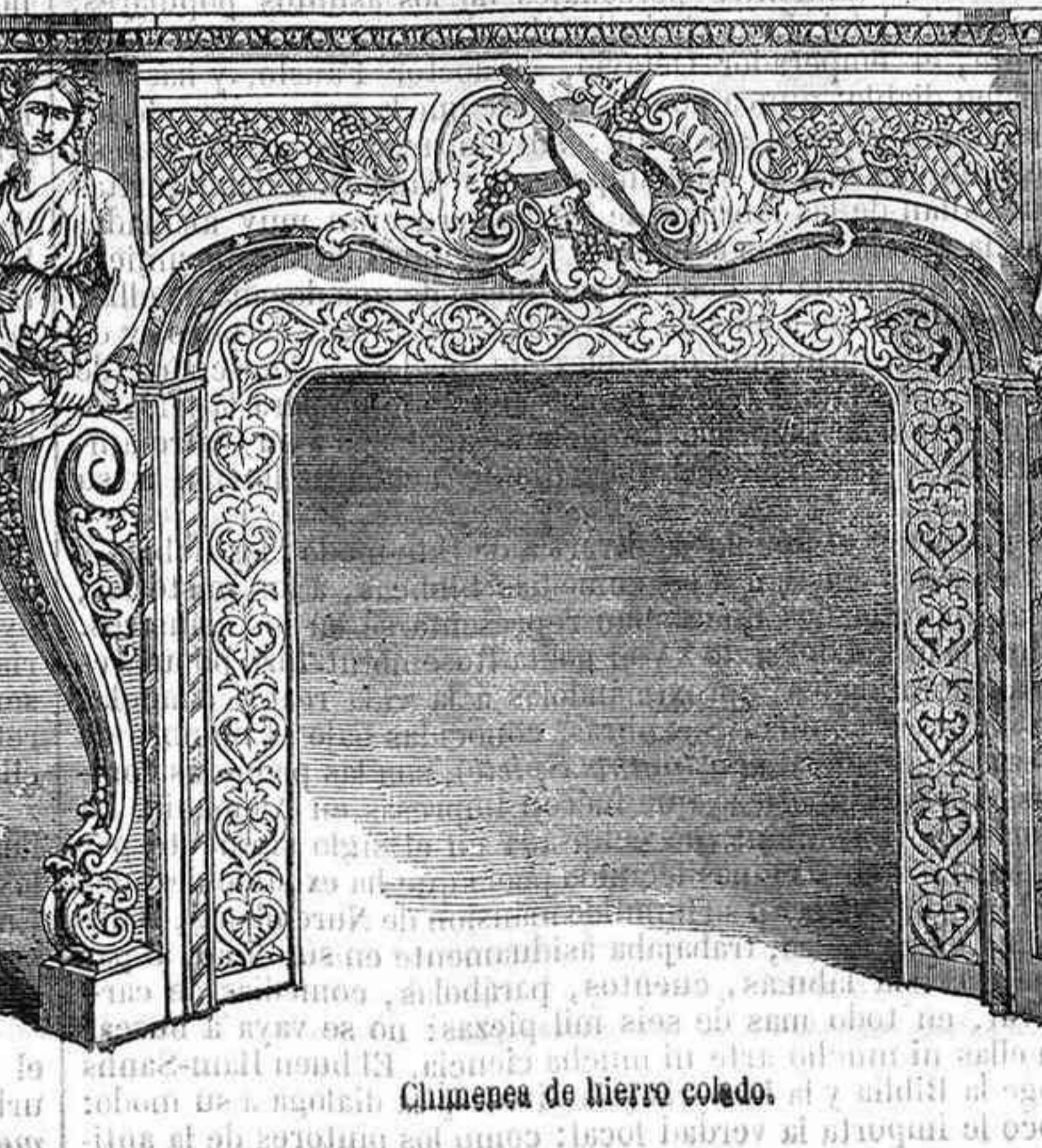
El Giotto.

por ejemplo su drama titulado *La hija natural*. Goethe no ha hecho jamás obra más perfecta, más admirable, bajo el aspecto del estilo y de la versificación; pero esta obra tiene un carácter tan abstracto que le roba parte de su animación. Entre las tres épocas ó facetas que acabamos de indicar, aparece el largo drama de *Fausto*, que fué el constante pensamiento del poeta, ó mejor dicho, la expresión más verdadera de todos sus pensamientos, de todos sus estudios, y por su mérito especial merece que le analicemos en artículo separado. Despues de las piezas anunciadas solo quedan por nom- brar, *El Gran Cophlo* y la *Mania del sentimiento*, que tie- nen un valor secundario, y á las que el mismo Goethe no daba gran importancia.

**Napoleon en la escuela militar de Brienne.**

Imposible es negar de buena fé que las pretensiones de Lavater y Gall, se fundan en observaciones, cuando no in- falibles, al menos muy probables. Juzga el primero de las pa- siones y carácter del hombre, por los rasgos de la fisonomía; y el segundo pretende obtener igual resultado por medio del estudio de las protuberancias craneológicas. Ambos deducen que el hombre al nacer trae consigo una vocacion especial, de la que no puede apartarse sin hacerse inútil; mientras que si la conociera y á ella se dedicara, prestaria á la sociedad los servicios más eminentes, y adquiriria para sí inmortal gloria. Esta doctrina, por mas ejemplos plausibles que cite en su apo- yo, nos conducira á creer en la fatalidad ó en la predestinacion; y de consiguiente nosotros no la adoptamos; pero si conveni- mos en que á muy luego de haber nacido el hombre, se desar- rollan en él ciertos órganos con más facilidad que otros, y que por consiguiente, es más apto para unas ciencias que para otras, más capaz de sobresalir en un oficio ú arte que en otro; siendo el desarrollo de aquel ó aquellos órganos, tanto más fuerte, cuanto es más análoga á su índole la educación que re- cibe, pues sucede con las facultades físicas del hombre, lo que con las plantas, que pierden su lozanía y virtudes, siempre que el terreno ó cultivo que reciben no es el que las conviene.

La dificultad está en conocer á tiempo esta predispo- sicion natural, á fin de darla una direccion competente. La ca- sualidad en ciertos casos, aunque raros, la revela; y enton-



Chimenea de hierro coledo.

ces es un fácil deber aprovecharla. Por eso el ma- gisterio es el más noble y respetable, á la par que difícil, de todos los cargos sociales: por eso los encargados de dirigir la juventud deben unir á la más sutil perspicacia, la más constante observa- cion, á fin de distinguir ó adivinar para cuál de las ciencias es un niño apto, para qué carrera le predispuso la naturaleza.

De esta verdad, la historia contemporánea nos presenta un ejemplo. Hácia fines de 1788 se ha- llaba Napoleon Bonaparte en la escuela militar de Brienne. Fué aquel un invierno muy crudo y abundantísimo en nieves. Los alumnos se diver- tian en hacer bolas con ella. Pero Bonaparte los reunió y propuso que organizasen dos ejércitos, de los cuales el uno defenderia un fuerte que se colocaria en el centro del patio mayor, mientras que el otro le atacaria, no empleando en el ata- que y defensa otros proyectiles sino pelotas de nieve. Los cadetes conviniéron gustosos en ello, y Bonaparte, como era de esperar, fué nombrado por unanimidad comandante general de los sitiado- res. Determinose el día y hora del combate, y cada cual se ocupó en los preparativos necesá- rios. Muy pronto se elevó en el patio la fortaleza convenida, dentro de la cual se colocaron abun- dantes municiones. Los sitiadores, con la misma nieve, trazaron sus líneas de circunvalacion, ca- minos cubiertos, parapetos, etc. Elegió el día con- venido, y el ataque principió. Disputose la vic- toria con encarnizamiento, y se mantuvo indecisa largo tiempo. Las pelotas de nieve, arrojadas de una y otra parte, eran tan numerosas y se lanza- ban con tal fuerza, que, encontrándose en el aire, se deshacian y formaban una especie de lluvia de nieve muy espesa, que cubria á los combatientes. Al fin las disposiciones estratégicas y el valor del niño Bonaparte triunfaron de los esfuerzos de sus enemigos; los cuales, despues de haber disputado el terreno palmo á palmo, tuvieron que rendirse.



Espejo.

Napoleon entró vencedor en el fuerte, convertido en lodazal.—Tal fué el primer triunfo de aquel jóven, que debia un dia hacerse dueño de casi toda la Europa, llenando al mundo entero de ter- ror y asombro.

Dicese que un viejo profesor que se hallaba presente á aquella batalla infantil, al ver el triun- fo del jóven Napoleon, no pudo menos de abra- zarle, exclamando: *Mucho me engaño, hijo mío, si algun dia no llegas á ser general en jefe.*

Proféticas fueron aquellas palabras. El jóven alumno de Brienne salió del colegio de teniente de artillería, y por una serie de acontecimientos es- traordinarios, unidos á su prodigiosa disposicion natural, llegó sucesiva y rápidamente á ser *gene- ral, generalísimo, cónsul y emperador.*

Cuarenta años despues, cuando los inmutables decretos de la Providencia colocaron al coloso francés en el árido peñasco de Santa Elena, el ex- emperador se acordaba aun de las balas de nieve de la escuela de Brienne, y por de contado de la predicción á que dieran lugar. Siempre que este recuerdo se reproducia, derramaba amargas lágrimas, que no procuraba ocultar, porque sentia pre- fundamente la inmensidad de su desgracia. Su caída habia sido tan profunda, como alta fuera su elevacion. Su insaciable ambicion le habia hecho perder en pocas horas de fortuna adversa, el trono más importante de Europa, la patria, la libertad, y un hijo á quien amaba tiernamente.